

RESUMEN COMPLETO

Don Quijote de la Mancha

de Miguel de Cervantes

La lámpara encendida

Un hidalgo que leía demasiado

En un lugar de la Mancha vivía un hidalgo de unos cincuenta años, con una lanza vieja, un caballo flaco y un galgo corredor. Vivía con una ama, una sobrina y un mozo. Su nombre era Quijada, o Quesada; al final del libro sabremos que se llamaba Alonso Quijano.

Leía tantos libros de caballerías que, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro y perdió el juicio. Se le llenó la cabeza de encantamientos, batallas, desafíos, heridas, amores y tormentas. Y llegó a creer que todo aquello era verdad. Entonces tuvo la idea más extraña que jamás tuvo un loco en el mundo: hacerse caballero andante, y salir por los caminos en busca de aventuras, para deshacer agravios y ganar fama eterna.

Un nombre, un caballo y una dama

Después fue a ver a su caballo. Era tan flaco que no tenía más que piel y huesos. Pasó cuatro días pensando qué nombre ponerle, y al fin lo llamó Rocinante, un nombre que le pareció alto, sonoro y significativo.

Luego pensó en sí mismo. Tras ocho días de pensarlo, decidió llamarse don Quijote. Y como los buenos caballeros añadían el nombre de su tierra, se llamó don Quijote de la Mancha.

Solo le faltaba una dama de quien estar enamorado, porque un caballero andante sin amores era como un árbol sin hojas y sin fruto. Se acordó de una moza labradora de un pueblo cercano, Aldonza Lorenzo, de quien había estado un tiempo enamorado sin que ella lo

supiera. A ella le dio el título de señora de sus pensamientos, y la llamó Dulcinea del Toboso.

La primera salida

Una mañana de julio, antes del amanecer, sin decir nada a nadie, don Quijote se armó, subió a Rocinante y salió al campo por la puerta trasera del corral. Pero entonces cayó en la cuenta de algo terrible: no había sido armado caballero. Y según las leyes de la caballería, no podía combatir con ningún caballero hasta serlo.

Anduvo todo el día y, al anochecer, llegó a una venta. Él la vio como un castillo con sus torres, su puente levadizo y su foso. Dos mozas que estaban en la puerta le parecieron dos hermosas doncellas, y el ventero, un hombre gordo y socarrón, le pareció el señor de la fortaleza.

El ventero se dio cuenta enseguida de la locura de su huésped y decidió seguirle la corriente. Don Quijote veló sus armas en el patio toda la noche, y atacó a unos arrieros que quisieron moverlas para dar de beber a sus mulas. Para evitar más problemas, el ventero lo armó caballero allí mismo, con una ceremonia de burla, leyendo en su libro de cuentas.

Los mercaderes de Toledo

Al día siguiente se cruzó con unos mercaderes de Toledo. Les exigió que confesaran que no había en el mundo doncella más hermosa que Dulcinea del Toboso. Ellos se burlaron, y don Quijote los embistió. Pero Rocinante tropezó, el caballero cayó al suelo, y un mozo de mulas le dio tantos palos que lo dejó molido.

Un vecino de su pueblo lo encontró tendido en el camino y lo llevó a casa, atravesado sobre un asno.

El escrutinio de la biblioteca

Mientras don Quijote dormía, el cura y el barbero del pueblo, que eran sus amigos, decidieron acabar con el origen de su locura. Con la ayuda del ama y de la sobrina, entraron en la biblioteca y revisaron los libros uno a uno. Salvaron algunos, entre ellos el Amadís de Gaula, y quemaron los demás en el corral.

Sancho Panza

A los quince días, don Quijote convenció a un vecino suyo, un labrador bueno y sencillo, para que fuera su escudero, prometiéndole una ínsula de la que sería gobernador. Se llamaba Sancho Panza. Y una noche salieron los dos, sin despedirse de nadie. Desde entonces, el libro es la conversación de dos hombres muy distintos: uno flaco y soñador, montado en un caballo flaco; y otro gordo y práctico, montado en un burro, pensando en la comida, en el sueño y en su ínsula.

Los molinos de viento

Al poco de salir, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento en el campo. Don Quijote los vio como gigantes desaforados, con brazos largos, y decidió entrar en batalla con ellos. Sancho le gritó que no eran gigantes, sino molinos, y que lo que parecían brazos eran las aspas. Pero don Quijote no lo escuchó.

Se encomendó a Dulcinea, picó a Rocinante y embistió con la lanza al primer molino. En ese momento, el viento movió el aspa con tanta

fuerza que hizo pedazos la lanza y arrastró al caballo y al caballero, que rodaron por el campo.

Aventuras por los caminos

Don Quijote luchó con un escudero vizcaíno que acompañaba a una señora en un coche, y el narrador detiene la historia justo cuando los dos tienen las espadas en alto. Dice que el manuscrito se acababa ahí, hasta que encontró en Toledo unos cuadernos en árabe que contaban el resto, escritos por un historiador llamado Cide Hamete Benengeli.

Más adelante, don Quijote vio dos grandes nubes de polvo y creyó que eran dos ejércitos a punto de chocar. Eran dos rebaños de ovejas. Se lanzó contra ellas, y los pastores lo recibieron a pedradas, hasta romperle varios dientes. Fue entonces cuando Sancho le dio un nombre nuevo: el Caballero de la Triste Figura.

El yelmo de Mambrino y los galeotes

Un día de lluvia vieron venir a un hombre a caballo que llevaba en la cabeza algo que brillaba. Era un barbero que se había puesto su bacía de latón para protegerse del agua. Don Quijote creyó que era el famoso yelmo de Mambrino, un casco encantado de los libros de caballerías. Atacó al barbero, que huyó dejando la bacía en el suelo, y desde entonces don Quijote la llevó en la cabeza con todo orgullo.

Poco después encontraron a una fila de hombres encadenados, condenados a remar en las galeras del rey. Don Quijote preguntó a cada uno por qué estaba allí, y decidió que no era justo llevar a nadie a la fuerza. Atacó a los guardias y liberó a los presos. Pero cuando les

pidió que fueran al Toboso a presentarse ante Dulcinea, ellos se negaron, lo apedrearon y le robaron a Sancho el abrigo.

Sierra Morena

Temiendo a la justicia, se escondieron en Sierra Morena. Allí conocieron a Cardenio, un joven medio loco de amor, porque su amigo don Fernando le había quitado a su prometida, Luscinda. Don Quijote decidió quedarse en la sierra haciendo penitencia, como los caballeros de sus libros, y mandó a Sancho con una carta para Dulcinea.

En el camino, Sancho se encontró con el cura y el barbero, que habían salido a buscar a su amigo. Entre los tres prepararon un plan para devolverlo a casa. En la sierra encontraron también a Dorotea, una joven a la que el mismo don Fernando había engañado con promesa de matrimonio. Dorotea aceptó ayudarlos: se haría pasar por la princesa Micomicona, una reina en apuros, y pediría a don Quijote que la acompañara a su reino para matar a un gigante.

La venta de las historias

Don Quijote aceptó encantado, y todos volvieron a la venta. Allí se juntaron muchos viajeros, y la venta se convirtió en un lugar de historias. El cura leyó en voz alta una novela que había en una maleta, la del curioso impertinente, sobre un marido que pone a prueba a su esposa hasta destruir su propia felicidad.

A la venta llegaron por casualidad don Fernando y Luscinda. Cardenio recuperó a su amada, y don Fernando, conmovido, volvió con Dorotea. Llegó también un capitán que había sido cautivo en Argel,

como el propio Cervantes, acompañado de una joven mora, Zoraida, que había huido con él para hacerse cristiana. Y contó su historia, una de las más hermosas del libro.

El regreso en una jaula

Para llevarlo a casa, el cura y el barbero se disfrazaron, ataron a don Quijote mientras dormía y lo metieron en una jaula de madera, sobre un carro de bueyes. Le hicieron creer que estaba encantado. Sancho sospechaba la verdad, pero no pudo convencerlo.

Así, flaco, molido y encantado, volvió don Quijote a su aldea, sobre un carro de bueyes. Con esta escena termina la primera parte, publicada en mil seiscientos cinco.

Diez años después

La segunda parte empieza poco después de la vuelta a casa. Don Quijote está en la cama, recuperándose. Habla con juicio de muchas cosas, pero en cuanto se menciona la caballería, vuelve su locura.

Un día, Sancho le trae una noticia asombrosa: se ha publicado un libro con sus aventuras, y todo el mundo lo ha leído. Se lo cuenta un joven bachiller del pueblo, Sansón Carrasco, que comenta con ellos los aciertos y los errores del libro. Es uno de los momentos más modernos de la novela: los personajes saben que son personajes.

Dulcinea encantada

Lo primero que quiere hacer don Quijote es ir al Toboso, a ver a Dulcinea. Sancho tiene un problema: nunca entregó la carta, y no

tiene ni idea de dónde vive esa señora. Llegan al pueblo de noche, buscan el palacio a oscuras, y solo encuentran la iglesia.

Al día siguiente, Sancho tiene una idea. Ve venir por el camino a tres labradoras montadas en burras, y le dice a su amo que es Dulcinea con dos doncellas. Don Quijote solo ve a tres campesinas feas que huelen a ajo. Pero en vez de pensar que Sancho le engaña, piensa que los encantadores han transformado a su dama. Desde entonces, desencantar a Dulcinea será una de sus grandes preocupaciones.

El Caballero de los Espejos y los leones

Una noche, en un bosque, encuentran al Caballero de los Espejos, llamado así por la armadura llena de espejitos que lleva. Don Quijote lo desafía y, por pura suerte, lo derriba. Al quitarle el casco, descubre la cara de Sansón Carrasco, que había salido disfrazado para vencerlo y obligarlo a volver a casa. Pero don Quijote piensa que es otro truco de los encantadores.

Más adelante se cruzan con un carro que lleva dos leones enjaulados para el rey. Don Quijote obliga al leonero a abrir la jaula y espera al león con la espada en la mano. El león se despereza, mira a don Quijote, le da la espalda y vuelve a tumbarse. Don Quijote se da por vencedor y, desde entonces, se llama a sí mismo el Caballero de los Leones.

Los duques

A orillas del Ebro, don Quijote y Sancho conocen a unos duques que han leído la primera parte y están encantados de tener en casa a los personajes de su libro favorito. Por primera vez, don Quijote es tra-

tado como un caballero andante de verdad. Pero todo es una gran burla: los duques y sus criados preparan aventuras falsas para divertirse con ellos.

Les hacen creer que, para desencantar a Dulcinea, Sancho tiene que darse tres mil trescientos azotes. Los montan, con los ojos vendados, en Clavileño, un caballo de madera que, según dicen, vuela por los aires, mientras los criados les soplan con fuelles para que crean que atraviesan el cielo.

Sancho, gobernador

Y por fin, los duques cumplen la promesa del primer capítulo: hacen a Sancho gobernador de una ínsula, que en realidad es un pueblo de los duques, llamado Barataria. Antes de que se marche, don Quijote le da una serie de consejos sobre cómo gobernar con justicia y humildad, que están entre las páginas más bellas del libro.

Todos esperan reírse de Sancho. Pero el escudero sorprende a todos. Resuelve los pleitos con un sentido común admirable, como el del bastón con las monedas escondidas dentro. Lo único que no soporta es al médico que no le deja comer nada.

Una noche, los criados fingen un ataque enemigo y le hacen pasar un mal rato. Al día siguiente, Sancho abraza a su asno y renuncia al gobierno. Dice que desnudo nació, desnudo se halla, y que ni pierde ni gana. Prefiere su libertad y su pan a todos los gobiernos del mundo.

Barcelona y el Caballero de la Blanca Luna

Don Quijote y Sancho se despiden de los duques. Al saber que ha salido una segunda parte falsa de su historia, don Quijote cambia de rumbo para dejar en mentira a su autor, y se va a Barcelona, donde ve el mar por primera vez.

Una mañana, paseando por la playa, le sale al encuentro un caballero con una luna blanca pintada en el escudo: el Caballero de la Blanca Luna. Lo desafía a combatir, con una condición: si don Quijote pierde, tendrá que volver a su casa y estar un año sin tomar las armas.

El Caballero de la Blanca Luna derriba a don Quijote y le pone la lanza en la cara. Desde el suelo, con voz débil, don Quijote dice que Dulcinea es la mujer más hermosa del mundo, y que le quite la vida, ya que le ha quitado la honra. El vencedor solo le pide que cumpla su promesa y vuelva a casa. Era, otra vez, Sansón Carrasco.

La vuelta a casa

El regreso es lento y triste. Sancho, para ayudar a desencantar a Dulcinea, se da por fin los azotes, aunque en realidad se los da a los árboles.

Al llegar a la aldea, don Quijote cae enfermo. Una fiebre lo tiene seis días en la cama. Sus amigos lo visitan e intentan animarlo, y Sancho no se separa de él.

El final

Un día, después de dormir mucho tiempo, don Quijote despierta y dice que ya tiene el juicio libre y claro. Que ya no es don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien sus costumbres le dieron el

nombre de el Bueno. Que ahora aborrece los libros de caballerías y ve lo que tenían de disparate.

Pide un confesor, y un escribano para hacer testamento. Deja sus bienes a su sobrina, paga a su ama, y deja a Sancho el dinero que tenía, y le pide perdón por haberlo hecho parecer tan loco como él.

Sancho llora y le suplica que no se muera. Le dice que se levante, que se vayan al campo vestidos de pastores, que quizá encuentren detrás de alguna mata a la señora Dulcinea desencantada. Y que, si se muere de pena por haber sido vencido, le eche a él la culpa.

Pero Alonso Quijano ya está decidido. Recibe los sacramentos, y entre la compasión y las lágrimas de todos, muere en paz.

Sansón Carrasco le escribe un epitafio que dice que el hidalgo tuvo la suerte de vivir loco y morir cuerdo. Y Cide Hamete Benengeli cuelga su pluma, y le dice que para él solo nació don Quijote, y él para él: él supo obrar, y yo escribir.

Lo que queda después

Así termina la historia del ingenioso hidalgo. Durante muchas páginas nos reímos de él. Pero al final casi nadie se ríe ya. Don Quijote nos enseña a ser fieles a un sueño, aunque los demás no lo entiendan. Y Sancho, que empezó pensando solo en su ínsula, termina queriendo a su amo más que a ningún gobierno.

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.